

Publicado en la Revista Bioética y Ciencias de la Salud, Vol 6 N°3

LA DEMOCRATIZACIÓN DEL SABER: REPERCUSIONES ÉTICAS♦

Gloria María Tomás y Garrido. Dra. en Farmacia. Master en Bioética. Profesora de Bioética de la Universidad Católica de Murcia.

Mª Elena Martín Hortigüela. Cirujano Pediátrico. Master de Bioética.

RESUMEN

La formación especializada está siendo sustituida por la sociedad de la información. Mas de la información a la formación hay que recorrer un trecho. La mera estadística descriptiva no está en condiciones de dictar normas de comportamiento. Saber es contemplar la verdad. La función de la ética es primordialmente inspirar comportamientos, por ello es preciso optar por una acertada concepción de la persona y desde ahí, desarrollar los principios morales/ éticos de la conducta, que según los casos, conducirán a normas estrictas, a normas flexibles, o a normas mínimas. La ética es la referencia que nos ayudar a descubrir y canalizar cómo se despliega el ser del hombre y su hacer; es decir, la bondad humana puede servir de plinto a la actividad científica. Sin embargo, se da en la actualidad un reduccionismo de estas verdades por exigir a la ciencia y a la tecnología el sentido de la acción.

PALABRAS CLAVES

Ética, bioética, investigación científica, información científica, formación científica, principios éticos y bioéticos, verdad, opinión, sabiduría, persona

1. Ética y éticas

♦ Trabajo presentado en III Congreso Mundial de Bioética, organizado por la SIBI, no publicado (Cuenca, 27-IX-2004- al 1-X-2004) Sobre este tema, la primera autora tiene publicado un estudio más amplio en *Persona y Bioética*, Vol.7, núm.19

Un conocido humorista español, Forges, tiene un chiste que sitúa en el año 2040. El dibujo gráfico muestra a dos personajes; uno de ellos lleva en la mano un libro y le comenta al otro que escucha plácidamente: “Puede ser un éxito editorial de unos veinte ejemplares, siempre que le cambiemos el título: éste *Sobre la Ética* no se entiende”.

Nos preguntamos si este chiste jocoso, con carácter predictivo para dentro de varios lustros, no refleja ya la realidad de este nuevo milenio.

Ciertamente en el mundo occidental, la Ética está en alza pero, paradójicamente, su significado es equívoco, con lo que no se sabe certeramente qué supuestos éticos interesan y como fomentarlos. Ejemplos claros de esta paradoja se dan en otras palabras, entre las que se encuentran dignidad, ecología, persona y, por supuesto, bioética.

A nivel popular, la ética es una especie de sustituto de la religión suavizada, una moral civil que aparece estrechamente relacionada con un concepto mágico que se presenta como el catalizador de la resolución de conflictos: el consenso. La ética consensuada en este mundo global y multidisciplinar, y no siempre interdisciplinar, aparece como el cauce legítimo –curiosamente también consensuado- para dirigir procedimientos en el tratamiento de todo tipo de cuestiones, dilemas o problemas.

Algo de verdad hay en ello, pero no toda la verdad, pues según este sistema, la ética se presenta muy vacía de contenidos, o manipulada en dichos contenidos, porque se supone que cada cual crea, inventa y/o acepta sus creencias y su moral ajeno al compromiso personal natural; la ética queda circunscrita al ámbito procedimental.

Con la ética consensuada y procedimental queda igualmente muy mal parada una de las mejores prerrogativas del ser humano: la libertad, forzándole a la esclavitud de no ver, o de no ver del todo, porque se confunde e iguala la inmensa riqueza práctica de nuestro mundo tecnológico con el auténtico filosofar. El limitarse al saber técnico y al procedimiento ahoga la obligación humana de seguir navegando, no por Internet sino por los océanos de la vida.

El consenso racional mínimo se presenta como la solución respetuosa hacia las distintas creencias y actitudes, pero ese mensaje es engañoso: muestra un vacío antropológico que trata de emboscarse desde el plano procesal.

El enfoque ético normativo reduce las decisiones a la regulación de los comportamientos y, en consecuencia, no sólo achata la libertad, sino que genera un extraño conductivismo, castrador del ser personal, supone un extraño rencor hacia la excelencia y es, además, una falta de liberalidad. El doctor Marañón solía afirmar que

ser liberal es estar dispuesto a entenderse con el que piensa de otro modo, pero también no admitir jamás que el fin justifica los medios; por el contrario, son los medios los que justifican el fin.

La función de la ética no es primordialmente regular, sino inspirar comportamientos, por ello es preciso, en primer lugar optar por una acertada concepción de la persona y desde ahí, desarrollar los principios morales/ éticos de la conducta, que según los casos, conducirán a normas estrictas, a normas flexibles, o a normas mínimas.

El “ethos”, a la luz de lo que es el hombre, muestra que descubrir, realizar y contemplar la verdad de cualquier cosa de este mundo o de otros si los hubiera, pasa por descubrir la verdad de uno mismo. El hacer acompaña al ser, el buen hacer también está adosado al buen ser, como la sombra alargada del ciprés acompaña al esbelto ciprés.

Si con el prestigioso filósofo Paul Ricoeur asumimos que el símbolo da que pensar y facilita decir la verdad¹, de la imagen descrita arranca la ética, en tanto que hombría de bien.

Desde este supuesto, nos preguntamos qué es la persona, mejor quién es. Según el filósofo mexicano C. Llano: “La persona humana incluye dos notas: primera, es un ser que tiene dominio de sí mismo; segunda, está sometida a un imperioso afán de trascendencia. Ambas están implicadas. Por ser dueño de sí, tiene la capacidad de entregarse e trascender en los otros, tanto con minúscula como al Otro con mayúscula.

Ambas características le motivan con una fuerza centrípeta: el centro de mí no está fuera, sino en mí mismo; y otra centrífuga: mi plenitud está allende mi propio yo, se encuentra fuera de mí”². Brevemente podría resumirse esta reflexión reconociendo que tanto en las cosas esenciales, en las accidentales, y no tanto en las triviales, “al obrar, el hombre se la juega”.

Ninguna acción humana es indiferente éticamente; las personas nos enriquecemos o nos envilecemos con nuestra actividad. El hombre puede actuar o reaccionar ante una concreta situación de muy variadas maneras, y entre ellas la ética pretende poder dilucidar cual es la mejor, la más correcta o conveniente, de cara al sentido último de la existencia humana, a esa plenitud que resultará, en conjunto del buen obrar³. La ética entendida así, es decir, en su primigenio sentido, no es un adorno, ni un mero procedimiento, ni una condición cualquiera. La ética es más importante y más

¹ P. RICOEUR, *Decir la verdad*, en *Atlántida* 12 (1992) 82

² C. LLANO, *Dilemas éticos en la empresa contemporánea*, en *ISTMO* 239 (1998) 16-22

³ J.M. BARRIO en *Manual de Bioética*. G. Tomás. Ariel, 2001, 22

comprometedora; pues es la referencia que nos ayuda a descubrir y canalizar cómo se despliega el ser del hombre y su hacer; aunque pueda producir interiormente un cierto desasosiego porque el actuar ético no lleva anexo el marchamo del triunfo. Sin embargo, es aleccionadora la afirmación repetida muchas veces por el gran médico humanista Laín Entralgo: “Es muy alentador que la bondad humana pueda servir de plinto a la actividad científica”.

Sin embargo ¿a qué se debe la realidad imperante del reduccionismo ético? Creemos que en parte se ha ido generando por una confianza excesiva en la ciencia y en parte por una desconfianza si no excesiva, al menos sí dañina a lo más genuino del hombre, a su interioridad, a su posibilidad de mejorar, de dejarse ayudar. Aspectos para los que evidentemente la ciencia y la tecnología carecen de instrumentos porque no apuntan al sentido de la acción. Y si el hacer del hombre no responde a lo que anhela y busca ¿qué es ese hacer?

No es sencillo deslindar la racionalidad humana de la racionalidad de la ciencia; pero no se puede atribuir a la ciencia la tarea de tratar problemas para los que no tiene instrumentos conceptuales y métodos adecuados, como son las cuestiones relacionadas con el sentido y con el significado, por tanto, las que corresponden a lo esencial de ser. Por ello es una falacia opinar que para alguien que se dedique a la ciencia, antes que un buen científico debe preocuparse de ser una buena persona, porque sólo el científico que trata de ser competente está en condiciones de ser buena persona. Pero quizás el problema surge porque con tantas posibilidades de saber, con la democratización de la ciencia, si no se canaliza éticamente la información se corre aún más el riesgo, por falta de profundidad y de rigor, de ser un buen científico y una buena persona.

Según la teoría de la persona de Spaemann, nadie es pura y simplemente lo que es. Quienes somos no se identifica evidentemente con lo que somos. Y esa diferencia alude al reto que el hombre tiene de llegar a ser quien es. Una senda hacia sí mismo que no es fácil recorrer totalmente en esta vida de travesía y singladura, pero es que tener conciencia es el signo más terminante de la persona⁴. La ética es la manera de recorrer la existencia sin que el tiempo la debilite. Y eso, que es difícil, como andar con un peso cuesta arriba, sólo lo puede hacer el hombre.

2. Reflexiones sobre la democratización del saber

⁴ R. SPAEMANN, *Personas*. Eunsa, 2000,165

Hace cuatro lustros Naisbitt ponía el dedo en la llaga: la formación especializada está siendo sustituida por la sociedad de la información. Nunca los profesionales han tenido tantos recursos para lograr un conocimiento cabal del contenido y extensión de sus investigaciones. Mas de la información a la formación hay que recorrer un trecho. La mera estadística descriptiva no está en condiciones de dictar normas de comportamiento. Saber es otra cosa, es contemplar la verdad ya que ésta es previa al saber y lo causa. La abolición de la verdad comporta la abolición de la ética, por lo mismo que la abolición de la ética implica la abolición de la verdad.

Además, nadie puede reclamar para sí la verdad completa. Todo lo sabemos entre todos, puesto que la verdad no se presenta como lo general supraindividual, sino como el rostro concreto de otro individual⁵.

La complejidad científica y social, la abundancia de información no siempre fidedigna, la disparidad de opiniones que circulan sobre cualquier tema, de ningún modo justifican un escéptico ¿qué es la verdad?

En la actualidad es de especial interés distinguir entre verdad, opinión, opinión autorizada y certeza. También ha de ser clarificador no homologar la opinión con la oportunidad ni con el oportunismo. Estamos llamados a entendernos, pero tolerar no es pactar con medianías, ni con mediocridad, ni aceptar como si tuviera el mismo valor un dato aleatorio que una opinión autorizada y contrastada.

La democratización del saber por lo tanto, nos pone alerta sobre algo importante: Evitar el enciclopedismo y buscar lúcida y esforzadamente el sentido unitario de las orientaciones y valoraciones que, precisamente porque nunca será completo, abre espacios a la solidaridad con un carácter innovador del saber y un sentido creativo de la libertad. La ciencia que presentan los medios de comunicación es avanzada y genuinamente noticiosa. Y por ello, es también merecedora del lugar que ocupa al lado de otras informaciones, pero otorgando a esa información el valor que le corresponde.

Con cierta ironía, cualquiera puede hacer suya la siguiente afirmación: “Como científico, como médico, como investigador, tengo que confesar, que me entero de los últimos avances médicos a través de la prensa; desde una vacuna contra el SIDA, el avance del conocimiento del genoma”.⁶

“Científicamente” se anuncian productos demasiado buenos para ser reales: los que alargan la vida, reconstruyen huesos, luchan contra los kilos y, algunas veces, hasta

⁵ Ibid, 41

⁶ A. VERGHESE, en *Diario Médico*, 13-12-02, 2

hacen todo eso al mismo tiempo. Impresiona la fe con que la *mass media* los utiliza, y la evidente la desconfianza del profesional con respecto a esa ciencia.

A esos extremos llega el actual protagonismo de los medios de comunicación, con su innegable función en la movilización social de la ciudadanía ante los problemas, de lo que se deduce la importancia que reviste la formación de profesionales de todos los ámbitos.

Los medios de comunicación cumplen una función social importantísima y son – en potencia – verdaderos instrumentos al servicio de la libertad, en la medida que transmiten la verdad. Cuando se desvirtúan, se convierten en canales de opresión al servicio de intereses egoístas, económicos, ideológicos.

La información no puede unirse a la creatividad en los contenidos, sino en los modos de decir. Se reclama la responsabilidad social de los profesionales del diseño y la persuasión para aspirar a convertirse en expertos que dan razón de la realidad y se proponen mejorarla. Pero curiosamente, aunque los medios de comunicación permiten incrementar los niveles de participación de los ciudadanos, el acceso al conocimiento se hace más difícil cuando predominan los contenidos espectaculares.

La reflexión ética conduce a descubrir que es necesario respetar la gradualidad significativa de la realidad. Es decir, no es lo mismo un partido de fútbol que un crimen o una catástrofe natural. Unos y otros acontecimientos requieren atención y sensibilidad distintas⁷.

La existencia de información, como la de investigación, implican la existencia de una verdad fuera de nosotros mismos, que puede llegar a ser cognoscible, aunque en circunstancias determinadas fuese desconocida. Por ello, la ética confiere la certeza de lo mucho que se sabe, de lo muchísimo que se ignora y de que cada cual, en particular, desconoce casi todo. Desde este elemental ejercicio de humildad intelectual, paradójica combinación de sabiduría, ingenuidad, asombro y curiosidad, puede la persona caminar por los senderos del tiempo y del esfuerzo para vencer ignorancias y aportar alguna fracción nueva de la verdad.

La información científica no es infalible, como no lo es la investigación que la genera; la historia, y también la propia experiencia personal nos muestran que hay trechos de vueltas y revueltas, de rectificaciones. Hay que sumar, además, la dificultad inherente a encontrar la verdad y a saberla transmitir, y el siempre acechante peligro de la

⁷ M. CODINA, *Nuestro Tiempo*, X-2002, 134

perversidad manipuladora, sobre todo, cara al modo de dar los datos, que no siempre son tan completos y significativos como nos interesaría.⁸ La verdad será estrictamente científica si lleva en sí mismo el sello de la estabilidad, porque la verdad no puede menos que permanecer. Puede ampliarse, profundizarse, pero no negarse. Todo lo que es reprochable desde el punto de vista científico, lo es también desde el punto de vista ético. La investigación científica es fatigosa, exige un arduo caminar: aprendizaje de técnicas, discreción, ponderación en el discurso, contraste de pareceres, oportunidad de publicación; si no se hace así se corre el riesgo de convertir la anécdota en categoría y la trivialidad en metafísica.

La ciencia experimental es autónoma y está íntimamente relacionada con la perfección técnica con la que se realice la investigación, y con no pocas posibilidades de azar; muchos descubrimientos se han logrado de este modo, aunque como sentenciara Fleming, el azar sólo favorece a los espíritus preparados.

El progreso de la ciencia exige no renunciar a hacerse siempre preguntas. En ese sentido, no sólo hace falta estudio, también es necesario el estímulo, que es plantearse esta inteligente pregunta “Y esto ¿para qué?, que es volver a descubrir que por encima de la vida de la ciencia está la ciencia de la vida”.

Como afirmó el poeta “Quien ha pensado lo más profundo, ama lo más alto” pues en la medida que nos adentramos en los reductos del saber, se debería sentir el vértigo de espacios infinitos, y reconocer la parcialidad de la racionalidad científica, y se saldría del encorsetamiento de un utilitarismo, que no logra regular el tumultuoso progreso de la tecnología.

La ética, en todos sus campos: ser, deber ser, valorar..., nos recuerda que, en definitiva, los grandes problemas nunca están resueltos de una vez por todas.

3. Clima ético en la investigación y en la información científicas

La ciencia no es en sí perniciosa o valiosa, lo es su aplicación, y ésta la realizan los hombres, hombres incompletos, que han de luchar por el triunfo de la coordinación, del entronque; por la superación de las diversidades en el íntimo fluir de lo permanente.

La ciencia que se crea nunca está creada. Es de alguna manera una minúscula, aunque paradójicamente también grandiosa, forma del saber humano.

⁸ G. TOMÁS, en *ISTMO*, 239, (1998) 22-25

Señalaba Pascal que nuestra inteligencia es como un rascacielos al que siempre le falta el último piso. La pasión por la verdad no es una entelequia. Es la certeza de que lo más bello, lo más hondo, lo más excelso, lo que más puede atraer a la mente y deleitar el entendimiento no es en definitiva, lo que cada uno quiere encontrar, sino lo que realmente es.

Defendemos por ello que hay actitudes y actividades humanas que no son negociables, que se reflejan en los principios evidentes que respaldan y protegen la dignidad de toda persona.

Entre ellos queremos destacar:

- El bien debe seguirse y evitarse el mal
- No deben emplearse medios moralmente malos aunque los fines sean buenos
- No deben perseguirse fines buenos que tengan efectos resultantes desproporcionadamente malos
- Ha de considerarse valioso todo lo que contribuya al desarrollo del hombre
- Hay valores que son objetivos, válidos para toda persona y cultura
- El bien común es preferible al bien privado, si ambos son del mismo orden
- El bien no es menor porque beneficie a otro, ni el mal es mayor porque me perjudique a mí
- Prohibir no es malo ni permitir bueno, pues es malo prohibir lo bueno, y bueno prohibir lo malo
- Y un largo etc.

El resumen se centra en que toda investigación e información científicas que se precie de ello, debe volver a reconocer que la ciencia está al servicio de la vida humana.

4. Por lo tanto...

Criterio, creatividad, honradez entre la persona, la ciencia, la técnica y la cultura mediática; en la persona y el investigador; en el hombre y el informador...; con el mismo espíritu de Sócrates cuando afirmaba: “No debemos preocuparnos por lo que diga la mayoría, sino de lo que diga el que entiende sobre las cosas justas e injustas, aunque sea uno sólo, y de lo que la verdad misma diga”.